

en ellos los hijos de Dios, y aun á los mayores enemigos los mirase como hermanos muy queridos. Se trataba de apagar ó amortiguar todas las inclinaciones perversas de la naturaleza, de sujetarla con violencia á todo lo contrario á sus imperiosas propensiones, y casi de destruirla para rectificarla. Se trataba de morir á sí propio, de renunciarse á sí mismo, y de declarar guerra abierta y sin tregua á sus gustos depravados, sin poner jamás fin á esta lucha intestina no menos laboriosa que duradera. Esta nueva Religión se oponía al mismo tiempo á las opiniones generalmente recibidas, tanto ó mas que á las afecciones que se miraban como naturales. El soberbio filósofo que la abrazaba, debía sujetar su entendimiento á unos principios que desconcertaban toda su penetración, porque le era necesario abandonar las preocupaciones y máximas que le habían inspirado sus padres y sus maestros, los sábios y políticos mas respetados. El judío, aunque depositario de la verdad de las Escrituras, no tenia que vencerse menos que el filósofo ó el idólatra vulgar; porque, á pesar del celo de la gloria nacional que miraba siempre como una parte de su religión, el primer paso que tenia que dar un israelita para llegar al cristianismo era confesar el oprobio y la reprobación de una nación tan altiva por haber sido durante tanto tiempo el pueblo escogido de Dios. No era por último menos difícil el establecimiento de la Iglesia que la ruina del Capitolio y la entera destrucción de la Sinagoga.

¡Qué maravilla, esclamaba San Juan Crisóstomo mucho tiempo antes que nosotros, qué maravilla es ver á tropas de judíos y á tantos otros pueblos adorar á un hombre condenado por ellos judicialmente á muerte como un malhechor! ¡Qué maravilla ver la cruz, signo antes tan oprobioso, mas honrado y venerado hoy que el cetro y la diadema! Horrorizan los ecúleos y las uñas de hierro destinadas para atormentar á los malhechores; pero entre todos esos instrumentos la cruz era el mas horrible y mas infame y estaba reservada para el castigo de los esclavos y de los bárbaros; era un objeto de maldición, y tan execrada, que los magistrados se hacían culpables si condenaban á muerte de cruz un ciudadano romano.

Hey, sin embargo, la vemos reverenciada por todo el universo. Todos hacen la señal de la cruz en la frente y quisieran imprimirla en el corazón: brilla la cruz en los templos, sobre los altares, en las mas augustas ceremonias, así en las habitaciones mundanas como en los asilos de la Religión. Se ve levantada en triunfo en la cúspide de los palacios, en las puertas de las ciudades, en los monumentos públicos, y en los trofeos. Tal era ya el culto de la cruz desde los primeros siglos.

No se trataba, sin embargo, de un culto favorable á las pasiones como el paganismo, ó por lo menos indiferente para las costumbres y la conducta del hombre. Al contrario, Jesucristo ordenó preferir su cruz á las honras y placeres, y que la negación de sí mismo sucediese á la codicia y desenfreno. Hizo mansos y humildes de corazón á unos hombres apenas susceptibles de humanidad; inspiró el amor de los enemigos á monstruos de crueldad y de perfidia, y la clemencia á los tiranos del universo, á aquel pueblo que si reinaba sobre todas las naciones era para derramar prodigamente su sangre y apoderarse de sus bienes; en una palabra, sacó al género humano del anchuroso camino para hacerle marchar con perseverancia por senderos estrechos y sembrados de espinas. No imponía su yugo Jesucristo á hombres de otra naturaleza que la nuestra, ó que fuesen de pasiones mas moderadas, ó de mejores inclinaciones que la perversa multitud de los mortales; imponíasele á los mismos que, engañados en la molición y depravación en que habían nacido, parecían haber adquirido un derecho de prescripción para no abandonar los vicios.

Sin embargo, no ha habido cosa mas rápida que esta mudanza obrada por el Evangelio. Apenas predicaron los Apóstoles que el Hijo de María Santísima era el Hijo del Eterno, cuando muchos se sometieron á sus leyes en la misma ciudad en donde, tan ciega é injuriosamente desconocido, acababa de ser crucificado. Los que le proscibieron como blasfemo, lo adoran como igual al Altísimo. Muy pocas palabras bastaron á San Pedro, como ya habeis visto con admiración, para convertir millares de judíos y

no obró con menos eficacia la gracia del Espíritu Santo en los territorios de la Judea por donde Santiago y San Juan hicieron resonar la palabra de salud. Este fuego sagrado no pudo contenerse en los límites de Israel, y en poco tiempo se extendió por todos los climas; y cual torrente que no cabe en la madre por donde corre, se esparció con tanta rapidez y casi á tanta distancia como los rayos del sol. La revolución es tal, que la lloran los falsos dioses, la lamentan sus sacerdotes, quedan desiertos los templos de los ídolos en el mismo centro de la superstición, y los sacrificadores mismos se quejan de que han cesado los sacrificios por falta de asistentes. De este modo, si bien se recuerda, escribía Plinio al emperador Trajano desde su gobierno de Bitinia (año 102).

«Nosotros somos de ayer (decía Tertuliano en sus memorias dirigidas á informar á los Senadores y á los Césares), nosotros somos de ayer; y ya llenamos vuestras ciudades y campos, vuestros ejércitos y consejos, y hasta el palacio, el senado y la audiencia; solo os dejamos vuestros templos. Nosotros tomamos parte en vuestro comercio, en vuestros tratados y en todas vuestras juntas, menos en las supersticiones del capitolio, en la licencia del circo, y en las crueldades del anfiteatro. Si nosotros nos desterráramos del imperio, quedaria convertido este en desierto, y vosotros consternados con el silencio y la poca actividad de las ciudades, miraríais vuestra soledad con horror.» Esta prodigiosa mutación, dicen los Padres casi contemporáneos, no se limita á un solo pueblo, ni á un solo imperio. No solo los romanos, sino los persas, los indios, los árabes, los scitas, el abrasado Mediodía y el helado Septentrion destruyen ó purifican sus templos, destrózan sus ídolos y abolen sus impuros sacrificios y sus fiestas impías, haciendo que sucedan á estas otras nuevas y mas dignas solemnidades. Desde Poniente á Oriente y de un cabo del mundo á otro, se adora con sinceridad, segun lo predijo el Profeta, al verdadero Dios, y en todas partes se le ofrece la víctima sin mancilla.

Desde el segundo siglo vimos ya á San Panteno llevar la luz del Evangelio á las

naciones desconocidas del Oriente y hasta á las orillas del Indo (p. 189). San Atanasio por el ministerio de San Framencio la dilató por la vasta extensión del imperio de los abisinios. Hasta los arrianos se esforzaron por espíritu de emulación á enseñar el Evangelio á los homeritas en las estremidades de la Arabia feliz hacia el Océano; y de esta semilla infecta no dejó de hacer brotar el Señor la verdadera fe, que tan perfectamente se mostró en la resistencia magnánima con que estos neófitos se opusieron al furor de una numerosa colonia de judíos sus vecinos y á todos los designios de los enemigos del Hijo de Dios. La multitud de los mártires de Persia no es una prueba menos sólida de la feliz consistencia que allí había tomado el cristianismo. Vemos desde el tiempo del Concilio de Nicea un obispo de Escitia, llamado Juan, que en aquella augusta asamblea sobresalió por la fortaleza y pureza de su fe. Aquellos pueblos, llamados nómadas ó pastores errantes con sus ganados y con los carros que les servían de casas, habían recogido cuidadosamente el precioso tesoro del Evangelio entre los despojos de las provincias romanas sus vecinas. Los sarracenos que igualmente andaban errantes por los confines de la Siria y de la Mesopotamia, aprendieron con el mismo ardor la doctrina de la salvación de los santos anacoretas esparramados en crecido número por aquellos desiertos. Acontecia á las veces que una sencilla muger ó un muchacho de los que llevaron cautivos, convirtiésemos numerosos pueblos y naciones enteras.

Y cuenta que la profesión del cristianismo no era efecto de la inconsideración ó de una caprichosa credulidad. No eran solo estas hordas sin policía y sin luces; no era solo el vulgo inquieto y amante de la novedad quien seguía esta ley tan dura como maravillosa; en el segundo y aun en el primer siglo de la Iglesia, se pasaron á nuestros estandartes muchos de los mas bellos ingenios de Roma y Atenas, abandonando por ellos las águilas romanas y toda la engañosa pompa de la superstición. Podrán calificarse de hombres comunes, de espíritus crédulos y débiles, á un Dionisio Areopagita, á un Apolonio el Senador, á Justino, filósofo profundo, á Aristides, á Meliton, á Atená-

goras, y poco despues á un Clemente Alejandrino, prodigio de erudicion; á un Origenes, prodigioso en todo género; á un Tertuliano, tan digno de su nombradía mientras fué fiel á la Iglesia; á un San Cipriano, á un Arnobio, á un Lactancio y á sus innumerables discípulos? ¿En dónde se encuentra mas juicio, mas luces, mas fuerza en el razonamiento, mas conocimientos adquiridos ni mas penetracion y estension de espíritu que en estos primeros defensores del cristianismo? Juzguemos de ello por sus triunfos sobre nuestros mas terribles adversarios, tales como Celso y Porfirio, y sobre todos los sábios de la gentilidad. Sin embargo, estos grandes genios creyeron con sencillez, y creyeron no por preocupacion de nacimiento y educacion como ellos mismos lo hacian observar, sino despues de haber combatido la mayor parte de ellos contra la verdad hasta que esta los subyugó con su evidencia.

Recordemos los motivos á que no pudieron resistir. Si las verdades morales, si las reglas ó las imágenes de ciertas virtudes tenían algo que les agradase, la oscuridad de los nuevos dogmas, los obstáculos de las antiguas costumbres y de los vicios inveterados quedaban todavía en pie, y los mas elocuentes panegiristas de las buenas costumbres vivian tal vez mas sujetos que sus admiradores á las pasiones ignominiosas. Muy poderosos debieron ser los motivos que vencieron su resistencia, y les obligaron á tomar una resolucion tan generosa y difícil: estos motivos fueron superiores á las fuerzas del entendimiento humano, y llevaban consigo la marca de la eterna verdad y el sello visible del dedo de Dios.

Hizose observar á estos entendimientos exactos y penetrantes el cumplimiento de las profecias en toda su estension, y el tiempo y lugar de la venida del Mesías, con todas las circunstancias de su vida y de su muerte; señaladas, tanto tiempo antes que naciese, en unos monumentos indisputablemente auténticos. Mostróseles sobre todo aquella série de obras maravillosas, que aunque no hubieran sido profetizadas, eran bastantes para probar la dignidad y divinidad del culto que se les proponia. Mostró-

seles, al menos en los primeros siglos, los paralíticos, los sordos, mudos y ciegos de nacimiento que Jesus habia curado y los muertos que habia resucitado á vista de toda la Palestina; á esto se añadió que él se habia resucitado á sí mismo, que se habia aparecido con toda la gloria de su vida nueva á mas de quinientos testigos juntos, y que habia ascendido al cielo con la misma publicidad y esplendor. Los que atestiguaron estas verdades eran testigos oculares, y á algunos de ellos los habia librado el Señor del sepulcro, ó los habia curado milagrosamente, y así se ofrecieron á confirmar su testimonio, y con efecto le confirmaron, con prodigios semejantes á los de su maestro, y comunicaron á sus nuevos discípulos el poder de repetirlos.

Ahora bien, ¿no era absolutamente imposible que se engañasen, no digo ya los grandes y los sábios, pero ni aun el vulgo mas ignorante y rudo, acerca de unos objetos de esta naturaleza, y de unos hechos tan públicos, tan admirables y muchas veces repetidos? Si esto no fuera verdad, ¿cómo seria posible convencerse de haber presenciado dar vista repentinamente á ciegos de nacimiento, conocidos de toda una ciudad; la salud y vigor á unos miembros ya secos con una parálisis de treinta y ocho años, y la vida á cadáveres que ya exhalaban mal olor? Pero sobre todo, ¿á quién, no siendo verdad, podia ponérsele en la cabeza que tenia poder para hacer maravillas semejantes, y que muchas veces las habia hecho? La persuasion en que estuvieron los primeros testigos de estos milagros, es por sí sola una prueba irrefragable, y solo el mas sincero convencimiento pudo hacerles abrazar una Religion de la que tanto los alejaban las disposiciones naturales. Si los primeros cristianos y con ellos los Apóstoles, si todos los miembros de la Iglesia primitiva, si aquella santa porcion del género humano que no ansiaba mas que honrar á Dios y edificar á los hombres, si estos no creian sinceramente lo que afirmaban con riesgo de su vida, su conducta seria la mas contradictoria paragoja y el fenómeno mas monstruoso; seria un completo trastorno del orden moral, trastorno infinitamente mas in-

creible que la docilidad de la naturaleza á la voz de su Criador.

Hemos observado ya á los principios de esta Historia, y se verá despues repetidas veces, que no osaron los gentiles decir que eran falsos los milagros evangélicos, y así á los sábios del paganismo les pareció mejor que negar los hechos el atribuir á la mágia la resurreccion de los muertos medio corrompidos, la liberacion de los energúmenos y la curacion de las enfermedades mas incurables. Los emperadores, admirados de la perpetuidad de estos prodigios, que sabian por los gobernadores de las provincias, y que algunas veces vieron con sus propios ojos, propusieron al Senado que el Dios de los cristianos fuese admitido en el número de los dioses del imperio. Ya hemos oido á San Justino, á San Meliton, á Tertuliano y á todos nuestros apologistas exaltar hasta lo sumo estos hechos milagrosos y estos poderosos testimonios, citando las piezas auténticas en que se eternizaba su memoria, apelando á los archivos romanos en donde estaban depositadas, y reconviniendo vivamente á los idólatras sobre su ingratitud para con el Dios de los cristianos, tan indignamente desconocido. Aun cuando tan solo los fieles les diesen crédito, ¿cómo se lo dieron millones de personas y con tal firmeza que todo lo sacrificaban á la fé? Si no hubieran visto los milagros que nos refieren, ¿quién no observa con San Agustin que el mas inconcebible de todos los prodigios seria su conversion, y aun mucho mas el triunfo de una Religion desprovista de todo auxilio humano sobre todo el poder de la idolatría protegida por los Césares?

Recordemos quiénes fueron en esta grande empresa los primeros actores. Eran doce pobres trabajadores, sin nobleza, sin bienes, sin letras y sin ninguna de aquellas prendas naturales que arrebatan la estimacion de los hombres. ¿Qué elevacion ni que penetracion podia haber, antes de la venida del Espíritu Santo, en unas almas ejercitadas desde la infancia y enteramente ocupadas en las profesiones mecánicas mas groseras? No entendian muchas veces mas que la corteza de las parábolas mas inteligibles que les proponia el Redentor para

instruirlos. Tan llenos estaban de imperfecciones morales y naturales, que en los momentos en que su divino Maestro estaba tratando de su mayor humillacion, osaron con una ambicion injusta y fuera de propósito disputar sobre quién seria entre ellos el primero. En una palabra, dos rústicos artesanos, Pedro y Pablo, el uno pescador y el otro curtidor de oficio, extranjeros y aún bárbaros respecto del pueblo rey con quien habian de tratar, acometen la empresa de trastornar todas las ideas romanas, imponer leyes soberanas al imperio, y hacer que este terrible y soberbio coloso cayese á los pies de Jesucristo. Representémonos, segun la bella idea de San Juan Crisóstomo, que siendo contemporáneos de estos dos Apóstoles y encontrándolos cerca de Roma, á vista de sus soberbias torres, de aquellos palacios que llegaban á los cielos, entre carros triunfales, entre legiones, tribunos y procónsules que salian de sus suntuosos pórticos para llevar á las naciones la ley y la servidumbre; imaginémonos, pues, que á vista de tantos y tan deslumbradores objetos, tan capaces de desconcertar toda otra filosofia que no fuese la de estos héroes del Evangelio, nos comunican su asombroso proyecto; ¿no esclamaríamos: ¿eso pensais hombres incomprendibles? ¿Con que quereis arruinar la religion y los dioses de Roma, y que el pueblo romano, el Senado y los Césares adopten vuestros estraños dogmas? Aislados, sin comitiva, sin medios de coaccion, ¿cuáles son los recursos ocultos en que confiais? ¿y dónde están los regalos, las promesas ó la mágia de vuestra elocuencia? Y aun cuando os capteis la atencion popular por lo particular de vuestro entusiasmo, ¿cómo presumis poder tener siquiera acceso á esos monarcas divinizados, que pretenden tener á medias con Júpiter el poder supremo, ó por lo menos que de él han recibido el imperio del mundo?

Un delirio nos parecería el proyecto de San Pedro y San Pablo, si no lo hubiera justificado el buen éxito; pero Roma y el universo todo han sido vencidos por unas manos tan débiles; ellas sometieron y entregaron á Jesucristo el cetro de los Césares, derribaron á Júpiter del Capitolio, y del

campo de Marte hicieron el baluarte de la Cátedra Apostólica. No solo se tributa allí supremo homenaje al Hijo de Dios, sino que á sus ministros y á sus amigos se les da la honra conveniente. Hemos ya visto y sucesivamente veremos acudir los emperadores al sepulcro de los Santos Apóstoles, dar culto religioso á sus cenizas y besar con profundo respeto sus cadenas. Se tendrán por dichosos con que se les entierren, no en donde están los cuerpos de San Pedro y San Pablo, sino solamente á la entrada de su iglesia, y tendrán á grande honra, como dice San Juan Crisóstomo, el ser guardias y porteros del Pescador.

Lo mas sublime del prodigio es que la conversion del mundo se ha efectuado en medio de mil peligros y persecuciones. Los primeros fieles tuvieron que sostener guerras violentas contra las ciudades y provincias; poco he dicho, contra las naciones conjuradas, y aun en el seno de sus familias, porque separando la diversidad de religion á la esposa del esposo, y á los padres de los hijos, pues las conversiones eran sucesivas, se renovaban todos los dias los odios y las vejaciones mas atroces. Como á los secuaces del nuevo culto se les miraba como sacrilegos desertores y enemigos públicos, se reputaba como un mérito acelerar su perdicion. Todos los órdenes del Estado, los estraños y los parientes, se declararon contra ellos, y (lo que aun era mas de temer) los que habian recibido nuevamente la semilla de la fé, en quienes aún no habia tenido tiempo de echar profundas raices, se veían aprisionados, arrojados á los desiertos, escluidos de los empleos y honores, y notados de infamia para siempre. Les hacian sufrir todo género de tormentos, todas las invenciones de una crueldad animada de la supersticion. El fuego lento, las parrillas encendidas, el aceite hirviendo, y tormentos tan horribles que no sabe uno de qué admirarse mas, si de que los inventasen los griegos y los romanos, ó si de que los cristianos los arrostrasen con tanta constancia.

Parecia que todos aquellos inhumanos enemigos llevaban una misma idea, y era la de sobrepujarse unos á otros en crueldad y de triunfar, á fuerza de excesos, de la paciencia inalterable de sus inocentes victi-

mas. Arrastraban de los cabellos brutalmente por las calles á personas de ilustre nacimiento y delicada complexión, y desnudas y desfiguradas, las revolcaban entre zarzas y espinas, sin que ninguno de sus miembros quedase sin la mortificacion mas inhumana. ¡Oh! ¡cuántas veces al ver el pálido bosquejo que de ello hemos trazado, nos ha venido al pensamiento que los que merecian semejantes horrores eran los que tenian la barbaridad de ejecutarlos! A unos los aserraban por medio del cuerpo, á otros los desollaban vivos, y despues echaban sal en todos sus miembros, los untaban con miel y los esponian á los ardores del sol, á la lenta voracidad de las abejas y las moscas. Los embetunaban para que de este modo sirvieran de teas para iluminar las calles: imágenes horribles que parecerian pinturas de una imaginacion desenfrenada, si no hubiéramos demostrado su realidad en las actas mas auténticas de los mártires y en algunos pasages de historias escritas por los mismos paganos.

Pero aun en medio de tantos y tan crueles tormentos no decaían de su valor pacífico estos generosos atletas. Tan libres parecian en las cadenas, y tan superiores á los que los hacian juguete de sus crueldades, que hubiérase dicho que ó no tenian cuerpos, ó que no eran sus cuerpos los atormentados, sino que asistian al suplicio de una persona que les fuere indiferente. Iban corriendo al cadalso y á las hogueras encendidas los viejos decrepitos y las tiernas vírgenes. Hasta los niños balbucientes empleaban las primeras palabras, cuando apenas las podian articular, para confesar á Jesucristo y pedir el bautismo. Los tiranos, no pudiendo vencer su intrepidez, se veían precisados á revocar sus bárbaros rescriptos por no despoblar el imperio. Convirtiéronse muchas veces los mismos ministros de la tiranía. La espada se les cayó de la mano á los verdugos, quienes presentaban su propia cabeza para ser ellos tambien mártires.

Y ¿de dónde vino tan general y tan heroico desprecio de la vida? ¿De dónde ese tan unánime deseo de morir por un hombre que habia muerto en una cruz, sino del pleno convencimiento de la verdad de los milagros y divinas obras que hacia como

Hijo de Dios? Es cierto que han existido algunos hombres muy singulares que por un capricho han desafiado á la muerte; pero su corto número, con mil defectos en el juicio y en la conducta, los ha hecho mirar siempre como raras producciones del fanatismo ó de un heroísmo loco. Mas aquí doce millones, segun calculadores muy eruditos, ó por lo menos é incontestablemente una multitud prodigiosa de personas de uno y otro sexo, de todas edades y condiciones, los mas ilustrados en las cosas divinas y en las obligaciones del hombre, los mas prudentes y virtuosos en su conducta, fueron los que por tres siglos consecutivos y aun en los siguientes dieron á todos los estados y en cada provincia este santo y admirable espectáculo.

El incrédulo, que conoce la fuerza de este testimonio, trabaja en vano para destruirla reduciendo á casi nada el número de estos generosos testigos. Sus tentativas solo han servido para que se reconozcan mejor aquellos monumentos originales y sinceros cuya piadosa sencillez, en lo poco que de ellos habemos extractado, no ha podido menos de persuadirnos de su antigüedad y certidumbre. ¿Qué efecto pues no produciria la sabia coleccion que ha pulverizado los atrevidos alegatos del inglés Dodwel, y los hubiera sepultado en eterno olvido, si en nuestros dias no los hubieran otros adornado al gusto de una depravada juventud en esos escritos cínicos, en donde la sal de la ironía, de la obscenidad y blasfemia, y el tono decisivo de la impostura son toda su teología y toda su erudicion? No hay alma honrada é ingénuo que al leer los combates de nuestros mártires, aun en los estrechos límites á que nos los ha hecho reducir el plan que nos hemos propuesto en esta *Historia*, haya podido menos de sentirse convencida y edificada.

Solo el carácter de ciertos perseguidores, como un Neron, un Domiciano y un Maximino, hace mas que verosímiles las circunstancias de sus sacrilegas crueldades. Si no se puede negar la gloria de equidad, clemencia y otras buenas prendas á los emperadores Trajano, Marco-Aurelio, Severo y Decio, el genio de la supersticion popular con que se honraban, el afecto de alguno

de ellos á una filosofia soberbia, libertina y enemiga declarada de una Religion pura, incompatible con cualquier otra, que no dá lugar á vicio ni error alguno; y por último, la política y el celo mal entendido de la pública tranquilidad y del bien del Estado, hicieron á estos emperadores, segun ya hemos observado, incomparablemente mas terribles para los cristianos que Eliogábalo y Caligula. Tenian tambien algunas veces aquellos héroes de la idolatria la flaqueza de ceder, contra su propio sentir, á los gritos sediciosos de la soldadesca y del populacho, y frecuentemente no podian contener en las provincias distantes los repentinos alborotos, en los cuales eran víctimas los cristianos, armados solo de su paciencia. La Religion cristiana, como estrangera en el Imperio Romano, habia sido solemnemente proscrita, asi por los decretos particulares de muchos emperadores, como por la autoridad general del Senado, como consta por la proscripcion del senador San Apolinio; y asi, antes de Constantino nadie tomó la defensa de la fé con el vigor y autoridad suficiente para oponerse á las violencias á que las antiguas preocupaciones daban un colorido especioso.

Mas ¿para qué necesitamos inducciones y controversias? Para desvanecer toda sombra de duda recordemos al lector la historia de la persecucion general. Entonces, como dice Lactancio ó el autor del tratado *De la Muerte de los Perseguidores*, apoyado por un torrente de escritores de su siglo; entonces tres fieras, Diocleciano, Maximiano Hercoleo y Maximiano Galerio, descargaron su insaciable rabia por espacio de diez años consecutivos contra la mayor parte de las provincias del Oriente y del Occidente. ¿Qué de excesos no cometió este triunvirato sacrilego? La Religion, que no tenia á su favor mas que su santidad y mansedumbre, ¿pudiera sobrevivir por medios humanos al proyecto, meditado y seguido con tanto rigor, de aniquilarla? Aquí los partidarios anti-cristianos del escepticismo, obligados á convenir en la mayor parte de los hechos, no encuentran á donde recurrir, sino á vagos clamores sobre el peligro de exageracion; pero no pueden poner en duda, y efectivamente no los ponen, unos hechos